

# Crónica de la semana

## RELANZAMIENTO

**S**ALOU (Tarragona). La crisis de Gobierno que, de forma inevitable, sucederá al referéndum constitucional viene dando pábulo desde hace algunas semanas a todo tipo de especulaciones. En medios cercanos al partido en el Poder existe, por ejemplo, la firme impresión de que, sea cual sea la combinación política que genere el Gabinete entrante, el relevo en la titularidad de las distintas carteras irá acompañado de una nueva reforma administrativa que afectará a varios Departamentos.

En esta línea de análisis se da, desde luego, por segura la desaparición del Ministerio de Economía —concebido como Ministerio-staff a la medida del «genio contemplativo» de Fuentes Quintana— y la reasunción de sus competencias por parte del Ministerio de Hacienda, cuyo inquilino acumularía el rango de vicepresidente para Asuntos Económicos, tal y como ya ocurriera en los casos de Barrera de Irimo, Cabello de Alba y Villar Mir.

Tal operación —coincidente con la parte que quedó frustrada en el penúltimo diseño del pasado reajuste ministerial— tendería, entre otros objetivos, a asegurar la continuidad de Francisco Fernández Ordóñez, en estos momentos la figura más prestigiosa y ampliamente respetada del Gobierno. Redondeada la reforma fiscal, Fernández Ordóñez desea desde hace algún tiempo reencauzar su actividad, y así se lo ha hecho saber al propio presidente Suárez. Sólo el reto complementario de construir, sobre los sólidos cimientos del nuevo sistema tributario, una política económica agresiva y coherente, capaz de sacar al país de su largo bache, podría decidirle a seguir en su puesto.

Asegurada dicha permanencia, todos los indicios sugieren que sería el ministro de Industria, Agustín Rodríguez Sahagún, quien compartiría con Fernández Ordóñez el protagonismo en el pilotaje de este intento de recuperación económica. La habilidad, energía y dedicación que ha demostrado en los pocos meses transcurridos desde su acceso al cargo —el plan energético, la reestructuración del sector naval y los cauces de diálogo y arreglo abiertos en temas como el de la siderurgia o el de la Babcock y Wilcox se cuentan entre sus logros—, así como su contrastada capacidad de liderazgo, lo acreditan como la persona adecuada para un momento en que el énfasis del Gobierno ha de pasar necesariamente de la política monetaria a la política industrial.

### □ UN TÁNDEM PERFECTO, UNA COINCIDENCIA ESTIMULANTE

Difícilmente podría reclutarse ni en los círculos centristas ni entre las diversas fuerzas de oposición un tándem tan perfecto. Tanto por su trayectoria política como por su imagen pública y sus propias

características personales, Fernández Ordóñez y Rodríguez Sahagún son figuras complementarias donde las haya. Por eso resulta estimulante y significativo que, en un breve intervalo de tiempo, ambos hayan coincidido —curiosamente, en el mismo escenario de Asturias— en aconsejar una política de relanzamiento económico que, en buena medida, supondría alejarse de los planteamientos de estabilización a ultranza que conformaron los Pactos de la Moncloa.

Su cuadro de propósitos para 1979 —muy similar al recientemente postulado por el Círculo de Empresarios— implicaría una reducción de las alzas salariales hasta colocarlas no más allá del 10 o el 12 por 100 y un razonable aumento de la oferta monetaria, con la mirada vigilante del Gobierno constantemente puesta en fomentar la necesaria reconversión de las estructuras industriales mediante una adecuada política de reasignación de recursos humanos y financieros. Tal proyecto económico tendría como principal objetivo conseguir una tasa de crecimiento no inferior al 4 por 100 —este año apenas si llegaremos al 2 por 100— y reducir, consecuentemente, nuestro índice de desempleo, que la O. C. D. E. acaba de situar en un alarmante 7 por 100 de la población activa.

Las declaraciones de Rodríguez Sahagún y Fernández Ordóñez significan, en el fondo, una decidida profundización en la senda liberalizadora tímidamente abierta por el Ministerio de Comercio con sus recientes medidas sobre precios, importaciones y aranceles, y sirven de respuesta a las demandas de auxilio que distintas organizaciones empresariales vienen dirigiendo desde hace tiempo al Gobierno. El último de estos mensajes ha sido el emitido, en tonos un tanto dramáticos, por el Fomento del Trabajo Nacional, la más poderosa Patronal catalana. Profetizar el colapso de miles de empresas en las próximas semanas, tal y como sugería el comunicado de su Comité ejecutivo, posiblemente sea un poco exagerado, pero no cabe duda que el mantenimiento de unas restricciones crediticias que han terminado situando el interés medio del dinero interbancario por encima del 55 por 100 —la caída en picado del dólar ha repercutido esta semana como una agravante más— es una de las vías más seguras para dinamitar cualquier economía de mercado.

### □ AUMENTAR EL TAMAÑO DE LA TARTA O REDUCIR EL DE SUS PORCIONES

Si en algo estamos, aquí y ahora, todos de acuerdo es en considerar la lucha contra el paro como la gran prioridad de las prioridades. Como ha advertido el profesor La-suén, con un millón y medio de personas sin trabajo —cifra que está ya en el horizonte— no hay democracia que valga. Pues bien, hasta la más tosca de las inteligencias comprende que no hay sino dos formas de dar asiento a nuevas bocas a la hora de repartir la tarta de las rentas salariales: aumentar el tamaño de la tarta o reducir



Rodríguez Sahagún

el de sus porciones. Y cuanto mayor sea la tarta, cuanto más deprisa crezca, menos habrá que menguar la cuota de cada uno de los comensales.

Este planteamiento nos lleva a la conclusión de que sólo poniendo fin a la actual atonía inversora —aumentando el nivel de productividad— podrá romperse el círculo vicioso que para la clase trabajadora supone el tener que optar entre dejar fuera del banquete a buena parte de sus miembros —dicho sea de paso, ésta ha sido hasta ahora la alternativa elegida por las centrales marxistas— o tener que pasar por el aro de un deterioro real del poder adquisitivo de sus salarios. Hasta aquí, todos conformes. La gran diferencia entre las propuestas de la izquierda parlamentaria y las que se supone deben partir de un Gobierno que defiende la libertad económica y la iniciativa privada consiste en que aquella —véase como muestra reciente las sugerencias de la U. G. T.— desearía que fuera el sector público, acompañando nuevas inversiones y prestaciones por desempleo, el que tomara fundamentalmente la iniciativa.

Sin entrar por esta vez en el análisis comparativo de las concepciones personalista y colectivista de la vida que laten tras una y otra posibilidad, la ineficacia de nuestro sector público es un argumento irrefutable contra las pretensiones de comunistas y socialistas. Tras examinar el último balance del Instituto Nacional de Industria, un prestigioso semanario de trayectoria inequívocamente progresista no ha podido por menos que sentenciar: «Unos resultados que ninguna empresa privada podría permitirse el lujo de soportar.» Mientras ése sea el sesgo de las cosas, cualquier propuesta de incrementar el protagonismo o el volumen de nuestro sector público tenderá, indudablemente, a igualar a los ciudadanos, pero a igualarlos en la pobreza.

La intervención del Estado en la vida económica debe tender a asegurar a todos los contribuyentes la prestación de unos servicios básicos en cantidad y calidad suficientes. Sólo cuando ese objetivo pueda darse por logrado tiene sentido abrir el gran debate nacional sobre las dimensiones mínimas y máximas del sector público y las áreas más adecuadas para su expansión. En tanto en cuanto una gran parte de las empresas del I. N. I. sigan siendo deficitarias, no cabe sino tachar de masoquistas a quienes se lamentan de que, porcentualmente, el sector público en España sea bastante más reducido de lo que se estima en el resto de la Europa occidental. Simultáneamente no puede haber más que parabiene a la hora de evaluar la filosofía de la «purga» —éste ha sido el término empleado por su presidente, José Miguel de la Rica— actualmente en marcha en el «holding» estatal.

### LA FRASE DE LA SEMANA:

FERNANDO  
ABRIL  
MARTORELL:

«El carné de Prensa es un residuo del régimen anterior. Quizá a algunos partidos de izquierda les interese mantenerlos como instrumento de control»



## Crónica de la semana

### El relanzamiento económico debería servir de marco a una nueva conciencia ciudadana que rehabilite la imagen del mundo de los negocios

#### □ DEL PROFESOR FUENTES QUINTANA AL POETA LEON FELIPE

Junto a las lógicas objeciones que cabe esperar desde la izquierda, el Gobierno puede encontrarse también con otras voces disonantes al máximo nivel, si es que prospera la tesis del relanzamiento económico. Esa es, al menos, la impresión que se desprende del último número de «Coyuntura Económica», boletín editado por el Servicio de Estudios de la Confederación Española de Cajas de Ahorros, órgano que, como se sabe, alienta desde hace tiempo el profesor Fuentes Quintana. En dicha publicación se denuncia la existencia «de presiones de todo tipo» encaminadas a variar el rumbo marcado por los Pactos de la Moncloa, y se advierte que una «reactivación a toda costa» puede llevar al país a la misma situación caótica de hace un año. Teniendo en cuenta que el profesor Fuentes Quintana encabeza el supuesto equipo de asesores económicos del presidente Suárez, todo parece augurar una gran colisión en las alturas de la «intelligentsia» del dinero.

Como todos los grandes teóricos, el vicepresidente del Gobierno siempre ha tendido a aplicar sus afinados planteamientos como si el marco del juego fuera una campana neumática en cuyo seno se hubiera hecho el vacío purificador. De ahí sus críticas contra algunos de sus antiguos compañeros de Gabinete, a quienes acusa de no haber cumplido al pie de la letra lo pactado en la Moncloa. Fuentes Quintana quizá olvida que nada hay tan peligroso en política económica como sacrificar lo que no pasa de ser sino una receta de coyuntura, hasta el punto de convertirla en un incómodo corsé que termine asfixiando al enfermo. Así lo entendía hace unos días el editorialista de un influente vespertino barcelonés al proponer una mayor fluidez monetaria de acuerdo con las demandas empresariales: «De lo contrario, es posible que se frene el crecimiento inflacionario, pero que este logro vaya acompañado de tal desastre social que tenga unas consecuencias para el conjunto del país peores que las de un aumento de la inflación superior al previsto en los Pactos de la Moncloa.»

Todo esto no quiere decir que deban echarse en saco roto las advertencias de una voz tan autorizada y respetable como la del profesor Fuentes Quintana. Desdénar, por ejemplo, la evidencia de que nuestra tasa de inflación, aunque considerablemente inferior a la de hace doce meses, todavía queda varios puntos por encima de la media del club de los países desarrollados, sería impropia de ningún político de categoría. Por eso la expresión «reactivación a toda costa» del profesor Fuentes Quintana debe dejar paso a la de «expansión responsable», manejada por los técnicos de la O. C. D. E. como sugerencia dirigida a todos los países socios de la organización. En palabras de León Felipe —uno de los poetas favoritos de Fernández Ordóñez— esta nueva cabalgada de nuestra economía, esta vigorosa huida hacia adelante debería realizarse pues, «con las riendas tensas y refrenando el vuelo».

Más que la magnitud del salto, lo verdaderamente importante es que este relanzamiento económico sirva de marco a una nueva conciencia ciudadana que rehabilite la imagen del mundo de los negocios. A una nueva valoración social en la que toda empresa deje de ser el simple preámbulo de la rapiña organizada, y atributos como la creatividad y la competencia pasen a ser estimulados y no atrofiados. Con todas sus imperfecciones y toda su necesidad de correctivos, ya va siendo hora de que la Unión de Centro Democrático rompa una

lanza en favor del capitalismo, empezando por sustraer a esta denominación de sus actuales connotaciones peyorativas.

Y paralelo al relanzamiento económico debe llegar el relanzamiento político. El relanzamiento de nuestra enclenque democrática, a base de poner punto y raya a la mixtificación del consenso, devolviendo a instituciones como el Parlamento, el Consejo de Ministros o los Consejos Municipales el contenido que les es propio. En el fondo se trata de lo mismo: de emprender con convicción el camino de la libertad, yuxtapuesto a ese otro «camino de servidumbre», descrito por Hayek, en el que hasta la fecha han desembocado la totalidad de los proyectos socialistas. La experiencia conocida y constatada nos demuestra que sólo hay libertad política allí donde prospera la libertad económica, y que, una vez abortada ésta, el óbito de aquélla es sólo cuestión de tiempo.

#### □ LA «PREOCUPACION» DEL P.S.O.E.

Quiero terminar esta crónica con la glosa de dos recientes titulares de periódico. De acuerdo con el primero, el Partido Socialista está «preocupado» por el anuncio del próximo viaje de Don Juan Carlos a la República Argentina, previsto para la primera quincena de noviembre, y tiene incluso el propósito de interpelar parlamentariamente al ministro de Asuntos Exteriores al respecto. Según se afirma en el segundo, Fraga piensa que no hay sino dos posiciones políticas: la marxista y «otra que recoge todo lo demás».

Lo de los socialistas parece cosa de chiste y habría que tomarlo a broma si no existiera el riesgo de que su insensatez llegue a calar en una parte de la opinión pública. De acuerdo con el régimen de Videla no es un dechado de virtudes democráticas —más bien todo lo contrario—, pero el Rey de España viene sirviendo desde su acceso al Trono, con dedicación y patriotismo admirables, a una concepción de las relaciones internacionales según la cual los mecanismos de amistad y cooperación deben acercarnos al mayor número posible de Estados soberanos, independientemente del sistema político por el que se rijan.

Si hubiera que aplicar el rasero de la salvaguardia de los derechos humanos antes de cualquier viaje regio, desgraciadamente, Don Juan Carlos habría agotado ya hace tiempo sus posibilidades de desplazamientos. Ni la reciente visita a China ni la proyectada a la Unión Soviética tendrían, desde luego, cabida en su agenda. ¿Por qué el Partido Socialista no ha protestado en ambo casos y si en éste, que, por otra parte, afecta a un pueblo con tantos lazos en común con el nuestro? La inflexible Carmen García Blaise ha respondido que en España hay refugiados políticos argentinos y no hay refugiados políticos rusos. Sorprende un argumento así, esgrimido por una mujer inteligente. ¡Pues claro que no hay refugiados rusos en España ni en casi ningún lugar de la Tierra! Salvo en un puñado de casos de personas cuya libertad ha sido esforzadamente arrancada, tras peripecias sin cuento, a la luz de los Acuerdos de Helsinki, los potenciales refugiados políticos de la Unión Soviética, de los países del Este, de las patrias del proletariado donde se construye el socialismo, viven y mueren en los archipiélagos Gulag y yacen enterrados al pie del muro de Berlín que baldiamente pretendieron traspasar. ¿Hasta cuándo el papanatismo ideológico, más farandulero que político, va a impulsar a algunos demócratas de izquierdas a utilizar diferentes pesos y medidas según se trate de unas u otras dictaduras?—Pedro J. RAMÍREZ.